La casa del viejo Tod

Diego Micucci

Capítulo 1

La acción transcurre en una ciudad pequeña, específicamente en un barrio a las afueras de Birmingham, en Inglaterra. El viejo Tod odiaba a todo el mundo, pero en especial odiaba a los gatos. Sus vecinos lo evitaban y no trataban de sacarle charla alguna porque sabían que era inútil. El viejo estaba renegado y además solía calzarse con un revolver treinta ocho que le encantaba mostrar más cuando alguien quería discutir con él.

Por esos días el mundo estaba alterado.A principios del año había habido un brote nuevo de peste, de peste negra. Los científicos y los laboratorios no sabían que hacer y la única medida que se podía tomar era cuidar la higiene lo máximo que se pudiera y no salir de casa.

A estas dos medidas el viejo Tod no las obedeció nunca.

-Que me dice el gobierno que no puedo salir, si yo no salgo no trabajo y si no trabajo no como.

Fue al volver de uno de esos trabajos, que no era otra cosa que cirujear, llenaba un carrito con chatarra y basura y volvía y la apilaba en el patio trasero de su casa, que vio a la primera de ellas. Una rata gorda, grande y negra. La vio por un momento, paso rápido y se escabullo entre unas chapas. El viejo, saco el revólver, apunto y disparo.

-Estos bichos de porquería.

Como suele pasar, donde se ve una rata y no se la mata, al poco tiempo se van a ver más. Y efectivamente la casa del viejo Tod se llenó de ratas. Tan así que decidió no gastar más balas en tratar de matarlas. Los vecinos alrededor empezaron a preocuparse. Es que con todo el mundo azorado con el nuevo virus de la peste, tener un foco de infección cerca de su casa no les gustaba nada. Pero que podían hacer, nadie quería denunciar al viejo por miedo a que este tomara represalias y como rara vez ocurre la solución llego sola al barrio.

Lo llamaron Tom, por el dibujo animado. Era un gato macho, gris, con la punta de la cola blanca. Era de todos y a la vez de nadie, pasaba la noche un día en la casa de uno, otro en la casa de otro. Todos los vecinos contentos de recibirlo porque gracias a él, las ratas que se juntaban en la casa del viejo Tod empezaron a disminuir.

-Yo escuche que por eso la plaga fue tan terrible en los tiempos del rey Eduardo III, quemaban a los gatos por brujería. Comento una vez un vecino que era como el más sabiondo del barrio.

Una nochecita, el gato, cansado de los mimos de una joven estudiante se puso de pie y salió a darse un bocadillo nocturno. Cruzo al patio del viejo Tod, siempre atento, agazapado con las orejas en alto y esperando algún movimiento que indicara que el bocadillo estaba servido. En vez de eso escuchó el clic del revolver que el viejo acababa de martillar.

Al poco tiempo los vecinos se dieron cuenta que el gatito faltaba y no solo porque no lo veían por ningún lado, sino porque también las ratas empezaron a multiplicarse como nunca en la casa del viejo Tod. Pasadas unas semanas, el vecino sabiondo, mal entonado por una especie de valentía estúpida, salió a enfrentarlo al viejo. Cuando la puerta se abrió el sabiondo retrocedió inmediatamente.

El viejo estaba enfermo, enfermo de peste.

Tenía la punta de la nariz y de los dedos de color negro por la necrosis y sobre su camiseta blanca una aureola de sudor y manchas rojas a la altura del pecho como gotas de agua. Pero de color rojo intenso.

El vecino salió corriendo a los gritos. “Tiene la peste, el viejo tiene la peste”

El viejo Tod volvió a entrar y se arrastró como pudo. Trato de agarrar una vieja rueda de bicicleta para acomodar su basura y vio como un montón de ratas salieron disparando en todas direcciones. Uno de sus dedos, negro como un carbón, se calló de su mano. Las pocas fuerzas que le quedaban lo abandonaron y callo de bruces en el pasto.

Tosió fuerte y esta vez a la sangre le acompaño algo que parecía tejido. Agonizando la tarde le dio paso a la noche. Vio cerca de la marquesina unos ojos verdoso, como dos bolitas. Juntó fuerzas para agarrar el revolver pero no pudo, casi no le quedaban dedos. Gritó y los ojos del gato desaparecieron. En su lugar brillaron miles de ojos, diminutos, amarillentos, que lo miraban con hambre. El viejo Tod quiso ponerse de pie pero no pudo, no solo porque no le quedasen fuerzas sino porque una enorme masa de pelo y dientes puntiagudos había comenzado a comérselo.